



UN RUEGO

A mis compañeros en publicidad

Estoy recogiendo, compañeros míos de pluma periódica, noticias, observaciones, juicios y reflexiones para publicar un libro que se titulará "¡Ecce populus!" (He aquí el pueblo.) El pueblo será el español. Pueblo o lo que sea. Y aspiro a que sea una especie de autobiografía colectiva; algo así como lo de "Los españoles pintados por sí mismos"; pero reducido a unidad y síntesis. Y la dificultad mayor con que tropiezo es con la falta de precisión de nuestro lenguaje técnico referente a cosas psicológicas y sociológicas. Lo que ya en el extranjero se ha hecho notar respecto a nosotros, y es que somos los del "a peu pres", el poco más o menos, el "una cosa así"—y el ojo de buen cubero—resulta más de bulto cuando hay que escribir de política y cosas afines. Sin que por mi parte me baste mi constante estudio de las entrañas del idioma español, ya que el uso, incierto, flotante, vago y cambiante, me echa a perder todo lo que por la enquisa de los orígenes de un término verbal puedo sacar en claro.

Entre las varias categorías verbales que no he podido acabar de comprender nunca, de traducir a lógica, y por culpa del uso contradictorio que de ellas hacen los demás, hay dos que ahora me interesan para mi proyectado libro, y son las dos parejas dilemáticas de objetividad y subjetividad por una parte y de optimismo y pesimismo por otra. ¿Sabrían explicármelas mis compañeros de pluma periodística? No sé ya lo que es actitud objetiva y subjetiva, optimista y pesimista. ¿Lo saben ellos? Creí saberlo mientras lo estudié en clásicos tratados de filosofía; pero al ver usados esos términos en la polémica periodística, me he dado cuenta de que tienen en ella otro valor.

Dejemos por ahora lo de subjetivo y objetivo, y vengamos a lo de optimista y pesimista. Creo saber lo que es el optimismo de Leibnitz y el pesimismo de Schopenhauer, trascendentales ambos, pero no sé lo que son el

optimismo y el pesimismo que andan en boca y en pluma de nuestros políticos y publicistas. Y, sobre todo, desde que se decretó, o poco menos, una especie de optimismo de real orden, dogmático, y más bien que dogmático, litúrgico, de la liturgia del patriotismo oficial del reino, no hallo manera de darme cuenta de lo que eso significa propiamente, y es lo más terrible que en mi escama a todo lo litúrgico se me antoja que para los mismos que recomiendan, ya que no impongan, ese optimismo, no quiere decir ello más que para el vulgo alfabeto de los fieles "kirie eleison". Un camelo para salir del paso sin comprometerse a nada.

Precisamente en estos días he estado leyendo en la "Historia antigua de la Iglesia", de Mons. Duchesne, otro nuevo relato—conocía varios—de las luchas teológicas del "homousios" y la consustancialidad del Padre y el Hijo—no de la patria y la monarquía—, y me he acordado de un antiguo amigo mío que decía que las escuelas todas filosóficas podían reducirse a cuatro, según hacen consistir las cosas en la consistidura, en el consistimiento, en la consistencia o en el consistir. Y algo así es lo del optimismo litúrgico del culto oficial a la patria del reino.

Si sé que optimismo deriva de optimo, que quiere decir lo mejor, como pesimismo de pésimo, que significa lo peor; pero el punto está en que lo que para unos es lo mejor, es lo peor para otros, y viceversa; el punto está en que nos entendamos respecto a lo bueno y a lo malo. Porque recuerdo haberle oído a un político esperanzoso y campechano hacerme una pintura del futuro paraíso terrenal de España, que me dejó abrumado, y nada deseo de entrar en él.

Para mí, el tachado de paradojista por los papamoscas, ¡vean ustedes lo que son las cosas!, eso del optimismo es la más grande de las paradojas. Me río de las del Evangelio, que está lleno de ellas. Y he llegado a creer que para entender lo del optimismo y el pesimismo es preciso no tener nada más que sentido común—nada de propio—, como les ocurre a esos sujetos afortunados que todos los años, al empezar éstos, observan—¡por sí solos!—que empiezan a acortar las noches para que alarguen los días, o viceversa.

La experiencia me ha enseñado que cuando un político no quiere decir nada—o, más bien, quiere no decir nada—, sale con que él es optimista respecto al porvenir de España, y que eso del optimismo es el camelo litúrgico de la frivolidad aquí reinante. La fatal frivolidad aquí, en España, reinante hoy, sale del paso colocándonos esa papeleta mojada—y de papel secante—del optimismo. Porque es el papel con que se enjugan las firmas; un papel en que es inútil querer escribir nada preciso y claro, porque al punto se hace borrón.

Sería preferible que en vez de querer consolarnos con eso del optimismo se nos hicieran promesas de actos concretos, claros, bien especificados; pero al menos, ya que hayamos de vivir de ese soplo de aire sonoro, que sepamos siquiera el concepto ideal o sentimental que encierra.

¿Querrá también algún lector benévolo ayudarme en esta enquisa? ¿Sabremos lo que quieren decir los que nos mandan?

MIGUEL DE UNAMUNO

